

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DURAND, G. (1964) *L'imagination symbolique*. París: PUF.  
 GAOS, A. (1993) *Cicerón y la elocuencia*. México: UNAM.  
 LÉVI-STRAUSS, C. (1977) *L'identité*. París: PUF.  
 MARTY, C. y R. (1995) *La semiótica. 99 respuestas*. Buenos Aires: Edicial.  
 RUANO-BORBALAN, J. C. (1998) *L'identité. L'individue, le groupe, la société*. Auxerre Cedex: Sciences Humaines Édition.

## ABSTRACT

*The purpose in this essay is to indicate the basic concepts for the analysis of the political discourse produced in Mexico during the electoral campaign of the year 2000. These concepts which come from the social sciences, semiotics and discourse analysis are seen as the objects of referential semiosis around which political discourse was produced. Notions such as identity, symbolic imaginary, representation and democratic transition did become the agglutinating axes of signification, objects which organized meaning in the electoral process. In the end, the purpose is to identify the constellation of semiotic objects with the same referential semiotic function that each political actor (Fox, Cardenas and Labastida) was able to project to the electorate and discover the selected links of meaning in each of the political referents.*

Adrián Gimete-Welsh es profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Presidente de la Asociación Mexicana de Estudios Semióticos y vicepresidente de la Asociación Internacional de Estudios Semióticos, es miembro fundador de la Federación Latinoamericana de Semiótica. Es investigador nacional nivel III y doctorado en Lingüística y Literatura por El Colegio de México.

E-mail: agw@xanum.uam.mx

## “EL PAÍS QUE NOS MERECEMOS”: MITOS IDENTITARIOS EN EL DISCURSO POLÍTICO ARGENTINO

VICTOR ARMONY

Este artículo propone algunos elementos de reflexión en torno a la “argentinidad”, definida como la matriz identitaria en la que se despliega el discurso político y en función de la cual se formulan los proyectos de sociedad en la Argentina. Examinaremos específicamente los mitos relativos al “ser nacional” y al “destino nacional”, para luego analizar el modo en que los discursos de los presidentes Raúl Alfonsín (1983-1989) y Carlos Menem (1989-1999) se han articulado con ellos. Nos interesa, en particular, identificar los cambios y las continuidades en la representación de la nacionalidad luego del fin de la última dictadura militar (1976-1983). Partimos de la hipótesis de que todo Estado moderno, democrático o autoritario, intenta producir una imagen de totalidad social —la “comunidad de ciudadanos” (Schnapper 1994)— y, a la vez, sustentar una visión teleológica que justifique el “interés nacional” y el “bien común”. Este objetivo es, por definición, problemático cuando lo que se busca es construir una ciudadanía inclusiva y pluralista.

El análisis del discurso presidencial argentino que presentamos aquí forma parte de un proyecto de investigación llevado a cabo en la Universidad de Quebec en Montreal cuyos primeros resultados fueron publicados en Canadá (Armony 2000). El corpus de la investigación estuvo constituido por una muestra de 303 discursos de Alfonsín y 310 de Menem (un total de 1.092.410 palabras, equivalente a unas 2800 páginas de texto). El conjunto

de esos discursos (seleccionados a través de un muestreo sistemático de las publicaciones oficiales de la Secretaría de la Información Pública del Gobierno argentino) fue informatizado y estructurado como una base de datos textuales. Se utilizaron diferentes programas para realizar estudios estadísticos del vocabulario de ambos presidentes. El análisis probabilístico de las distribuciones léxicas permitió detectar los núcleos de sentido y las redes semánticas del discurso. Concretamente, se observaron las regularidades en el uso de ciertos vocablos (¿cuáles son las palabras “estables” del discurso, es decir aquellas a las que el locutor recurre en diferentes contextos de enunciación?), los “segmentos fijos” (¿cuáles son las secuencias sintagmáticas que se repiten en el discurso?) y las “coocurrencias” (¿qué series de palabras tienden a asociarse frecuentemente en los enunciados?) (Armony 2001).

### 1. LA “ARGENTINIDAD”

La Argentina es habitualmente considerada como un país atípico en el contexto de América latina. Sin embargo, también es posible verlo como un caso prototípico: los conflictos inherentes a todas las sociedades latinoamericanas se han manifestado en la Argentina con especial virulencia. Esto ha sido así en lo que hace a fenómenos cruciales de la historia de la región. Pensemos, por ejemplo, en las guerras civiles que precedieron a la consolidación del estado-nación en el siglo XIX; la difusión de la idea republicana, seguida por el intervencionismo militar a principios del siglo XX; el surgimiento de una coalición populista después de la crisis mundial de 1930; el establecimiento de regímenes burocrático-autoritarios en el marco de la Guerra Fría; la irrupción de la guerrilla rural y urbana en los años sesenta y setenta, y, más recientemente, la transición a la democracia y a la economía de mercado. Sin negar la particularidad del caso argentino, diremos que este país encarna en muchos sentidos la trayectoria turbulenta del continente. Irónicamente, el rasgo más distintivo de la Argentina —el hecho de que la gran mayoría de su población es de origen inmigrante— revela quizás, aun más claramente que en cualquier otro país, las paradojas de la nacionalidad en América latina. La noción de “mestizaje”, central en el imaginario latinoamericano, expresa la voluntad de crear una sociedad original (una “nueva raza”, un “nuevo hombre”) —fundada en los ideales del Iluminismo europeo— a la vez que apunta a glorificar el vínculo de la sangre con el suelo. “Las naciones hispanoamericanas nacen entre estos dos impulsos contrarios, uno de extrema modernidad y otro que muestra una gran nostalgia por la certezas del pasado” (Shumway 1997: 69).

Las sociedades latinoamericanas han estado siempre sujetas a la tensión

irresoluble entre el proyecto utópico del “Nuevo Mundo”, universalista y homogeneizador, y la persistencia de profundas fracturas sociales, políticas y económicas. El populismo, un fenómeno típicamente latinoamericano, no se comprende sin la referencia a este universo de sentido. En efecto, los liderazgos populistas aparecen en sociedades en las que el discurso político otorga un peso determinante a las “aspiraciones sin concretar” (“unfinished aspirations”; Adelman 1998). No es una coincidencia que los movimientos populistas tiendan a emerger en “países ricos” (en términos de recursos naturales y de lo que se percibe como un patrimonio moral, cultural o étnico de importancia) con “pueblos pobres”. Como lo sugiere Canovan (1999), “el populismo explota esta brecha entre la promesa y el desempeño”. Esto es claro, por ejemplo, en los casos de la Argentina, Brasil, México, Perú y Venezuela. En ellos se afirma la convicción de que *el verdadero país existe en el futuro*, y que el país actual es un reflejo pálido, una versión disminuida de lo que está destinado a ser (Armony 1999). En la siguiente declaración del presidente venezolano Hugo Chávez surge de manera explícita la idea de una contradicción entre la “potencialidad” del país y su realidad:

Venezuela posee una gran variedad cultural, un extraordinario conjunto de valores fundamentales... Estas potencialidades se encuentran obstaculizadas por la trama de intereses imperantes y por el agotamiento del modelo político. (Hugo Chávez, “Líneas del Programa de Gobierno”, 1999)

Es esta noción la que brinda el sustento discursivo al fenómeno populista (el cual tiene, por supuesto, múltiples causas, tanto materiales como ideológicas) y que radicaliza las tendencias organicista, centralista y fatalista propias de la cultura política que la colonización ibérica implantó en América y que se cristalizó en muchas de las instituciones nacionales (Eisenstadt 1998; Dealy 1996; Guerra 1995). El fatalismo consiste en una lectura fuertemente escatológica del devenir, en la que se vive el presente en función de una “misión” o un “propósito”. Cuando Perón afirma que la Argentina “es grande por la potencialidad de los bienes con que Dios la ha prodigado” (Juan Perón, “Orientación política”, 1948), recupera y refuerza el mito del destino de grandeza nacional. La idea de una predestinación no es exclusiva de América latina; ella late en la imaginación colectiva de muchas naciones. Sin embargo, puede decirse que su incidencia es más pronunciada en el continente americano, tratándose de una construcción moderna animada por el ideal evolucionista del Progreso. En tal sentido, no hay más que recordar el tema del “destino manifiesto” de los Estados Unidos. Lo que caracteriza a la “versión latina” del proyecto norteamericano es que la creencia en la grande-

za se funda sobre todo en una *esperanza*, en una *fe* en el futuro, en tanto que los estadounidenses “se saben” predestinados en virtud de las pruebas concretas de su poderío. Es obvio que las cosmovisiones de raíz católica y protestante (puritana) impregnan el modo en que los diferentes estados americanos tienden a representar el “ser nacional” y a postular el “bien común”. La “latinoamericanidad”, de la que la “argentinidad” es una expresión, debe ser comprendida en este contexto.

## 2. LOS MITOS NACIONALES

Desgarrada entre sus pretensiones europeístas y sus raíces criollas, ambivalente frente a su legado hispánico, eternamente obsesionada con el dilema de “civilización o barbarie” que funda su proyecto nacional, la Argentina se ha destacado por ser una sociedad polarizada y bloqueada en su desarrollo político y económico. Ya en el siglo XIX se impone una “mitología de la exclusión” que quiebra todo ideal de consenso o compromiso (Shumway 1997). Sin embargo, la Argentina es paradójicamente el país de América donde más netamente se ha realizado el tan mentado “crisol de razas”. En apenas una generación, millones de inmigrantes se asimilaron a una identidad común. Hace más de cincuenta años se podía afirmar que “todos los argentinos, sin excepción, incluso y a veces sobre todo los argentinos de fecha reciente, tienen en el fondo de sí mismos el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad nacional” (Touchard 1949). Pero esta aparente homogeneidad no ha suscitado la armonía ni la estabilidad social. Al contrario, la identidad nacional —la manera de definirla y de vivirla— se ha convertido frecuentemente en el motivo de profundas rupturas, cuando no en la justificación de violencia y fanatismos: “si cada uno duda de la argentinidad de su prójimo, cada uno está convencido de la suya propia” (Abou 1972). Para comprender esta particular disposición colectiva es necesario tener en cuenta que la Argentina, una sociedad “profundamente atravesada por una formidable batalla en torno a los símbolos de la nacionalidad” (Quattrocchi-Woisson 1990), se ha distinguido precozmente por lo excesivo de sus aspiraciones.

En verdad, a principios del siglo XX, el futuro parecía sonreír a la Argentina: un visitante extranjero podía entonces pronosticar que “este maravilloso país está destinado a ser una de las más grandes naciones del mundo” (Hirst 1911). El presidente Marcelo T. de Alvear afirmaba en los años veinte, no sin un dejo de ironía, que “los argentinos se niegan a aceptar toda verdad que los haga inferiores frente a los otros; la ciudad más grande del mundo es la de ellos, sus montañas fronterizas son las más altas y sus pampas las

más extensas; los lagos más hermosos son de ellos, así como el mejor ganado, las viñas más ricas y las mujeres más adorables” (citado en Bruce 1953). Más allá de lo anecdótico, la frase de Alvear remite a una convicción profundamente arraigada en el imaginario argentino y promovida activamente por el Estado:

Por cierto, un análisis empírico de la cultura oficial argentina durante el período 1930-1950, realizado a través de documentos del sistema educativo, nos muestra la presencia de los siguientes elementos: 1. un claro sobredimensionamiento del poder argentino y de la importancia del país frente al mundo; 2. un mito de destino manifiesto argentino [...] (Escudé 1995: 25)

No es entonces sorprendente que la clase media —con la que más del 70% de la población argentina se identificaba hasta hace dos o tres décadas (Minujín y Kessler 1995)— se haya visto sumida en la frustración constante. El optimismo excesivo se transmuta, luego de cada ciclo político y económico fallido, en un cinismo extremo, a tal punto que se ha afirmado que los argentinos “derivan un placer perverso de su pesimismo, recordándose siempre unos a otros cuán mal van las cosas y cómo pueden todavía ir peor” (Wynia 1986). Por un lado, seguros de la superioridad intrínseca de la Argentina —especialmente en relación con los otros países latinoamericanos y con el mundo “subdesarrollado” en general— y, por el otro, crónicamente desesperanzados y listos a emigrar hacia Europa o América del Norte, los argentinos cultivan una pasión contradictoria para con su nacionalidad. Muchas obras de ficción (como, por ejemplo, *Una sombra ya pronto serás*, de Osvaldo Soriaño) y una abundante literatura de exilio (como la de Mario Goloboff) han descrito ese sentimiento de amor y odio hacia un país que tanto les ha prometido y que tan hondamente los ha defraudado.

El discurso político argentino, tanto de derecha como de izquierda, ha establecido habitualmente un vínculo causal entre el problema de la desunión nacional y el del fracaso en el proyecto de construir el “país que nos merecemos”, el “país que deberíamos tener”. Desde esta perspectiva, el país no alcanzó el nivel de desarrollo al que naturalmente podía aspirar pues faltó cohesión entre sus ciudadanos. La Argentina ha sido a lo largo de casi toda su existencia una sociedad dividida, no solamente porque ha sufrido quiebres “estructurales”, sino también porque el país ha sido sistemáticamente “pensado” en términos de división. Concretamente, se considera que existe un sector de la sociedad que conspira contra la realización del “destino de grandeza” de la Argentina. Este tipo de explicación preserva el mito del excepcionalismo, al que la mayoría de los argentinos sigue aferrada a pesar de los vaivenes económi-

cos y políticos. Los conservadores culparon al inmigrante “desagradecido e indisciplinado”, los peronistas culparon a la oligarquía y a los “vendepatria”, los militares culparon a los peronistas, y más tarde a la izquierda. Recordemos que la consolidación de la identidad argentina se efectuó en el marco de una fuerte ritualización y sacralización de los “valores patrios” –vehiculados esencialmente a través de la escuela pública–, lo cual dio lugar a la promoción de una verdadera “religión nacional” (Roitenburd 1994). Entre los “dogmas” de tal patriotismo oficial se destacan, por supuesto, el de la unidad nacional, que urge a los inmigrantes a asimilarse y a las clases populares a apoyar los intereses supremos del país, y el del “destino manifiesto”, que proclama que la Argentina asumirá el “primado político y cultural en Latinoamérica” (Nascimbene y Neuman 1993).

Entre 1880 y 1930, la Argentina se consolidó como estado-nación, afianzando sus instituciones, su economía y su integridad territorial. Se trata de una “época dorada” de progresismo y prosperidad en la que el proyecto liberal se despliega casi sin trabas. Pero en 1930, con el golpe militar que derroca a Hipólito Yrigoyen, se inicia el largo ciclo de luchas y exclusiones. Por ello, la victoria de Raúl Alfonsín en 1983 significó para una gran parte de la población argentina el retorno al cosmos de la racionalidad. Luego de más de cincuenta años de inestabilidad política, los argentinos salían del período más funesto de su historia, el que va del golpe militar de 1976, que abrió la era del terrorismo de Estado, a la pesadilla de la Guerra de Malvinas de 1982. Alfonsín surgía entonces como el símbolo y portavoz de una voluntad de cambio. El alfonsinismo emergió –al menos en su enunciación– como un proyecto centrado en la “forma” de lo social, esto es, en una representación cívica, racional y electiva de la comunidad. El discurso de Alfonsín se estructuró en torno a los principios de la legalidad democrática y la soberanía popular, poniendo de relieve la idea de que los argentinos debían cooperar, en un esfuerzo compartido, con miras a la construcción de una nueva comunidad basada en lazos de respeto mutuo y de reciprocidad.

### 3. DE ALFONSÍN A MENEM

El análisis del discurso oficial de Alfonsín muestra que, probablemente por primera vez en la historia argentina, el tema del “destino de grandeza” no fue el principal pivote ideológico. El argumento de que la Argentina “alcanzará su glorioso destino cuando se eliminen los obstáculos que traban su crecimiento” estuvo casi ausente del discurso presidencial entre 1983 y 1989, y ningún sector en particular fue designado como culpable de la decadencia ar-

gentina. Mediante un análisis computarizado de las palabras pronunciadas por Alfonsín, hemos establecido una lista de nociones distintivas de su discurso público (figura 1).<sup>1</sup> Un estudio del uso de estos términos nos permitió observar que nociones tales como “cultura del esfuerzo”, “sociedad pluralista” y “ética de la solidaridad” estructuran todo un sistema de redes semánticas.

Vocabulario distintivo del discurso de Alfonsín			Vocabulario común			Vocabulario distintivo del discurso de Menem		
Términos	FA	FM	Términos	FA	FM	Términos	FA	FM
democracia	27,2	7,7	país	48,2	35,4	república	5,1	21,8
sociedad	16,6	5,7	pueblo	38,2	24,3	hermanos	1,2	12,2
esfuerzo	18,2	6,9	gobierno	36,0	24,7	hermanas	0,1	8,4
modernización	4,4	0,7	argentinos	31,7	22,7	Argentina	27,8	50,6
democrática	4,2	0,9	nación	26,9	19,0	Perón	0,1	5,4
América latina	7,3	2,8	política	24,3	17,1	quiero	4,7	14,1
instituciones	5,3	1,6	años	23,5	15,5	patria	4,6	14,0
problemas	10,7	5,2	social	22,5	14,3	Dios	1,3	7,3
transición	2,5	0,2	libertad	21,6	15,6	Estado	9,5	20,9
superar	4,4	1,3	puede	21,4	16,2	comunidad	3,1	9,8
derechos	6,0	2,3	tenemos	21,2	16,1	amigo	0,1	3,2
convivencia	3,8	1,0	vamos	20,5	15,5	compañeros	0,1	3,0
necesidad	7,2	3,2	argentino	20,3	12,7	mercado	2,4	7,5
encontrar	3,3	0,8	hacer	19,6	13,1	bendiga	0,0	2,6
conjunto	6,7	3,1	vida	18,6	14,3	transformación	2,0	6,7
soluciones	4,2	1,4	sistema	16,4	11,9	reitero	0,5	3,6
crisis	8,3	4,3	pueblos	15,5	11,8	vengo	0,4	3,4
democrático	3,5	1,1	justicia	14,8	11,0	corazón	0,9	4,3
autoritarismo	1,6	0,2	economía	14,7	9,1	corrupción	0,2	2,6
precios	3,3	1,1	internacional	14,6	10,6	trabajo	6,6	12,6

Figura 1. Vocabularios común y distintivos.

Independientemente del balance que se haga de las realizaciones concretas del gobierno alfonsinista, es fundamental constatar que, como rara vez en la historia política argentina, el depositario de la voluntad general transmitió de manera constante a la población el mensaje de que “es, en definitiva, entre todos como vamos a hacer esa Argentina que queremos dejar a nuestros hijos” (Discurso desde Villa Regina, Río Negro, 17/1/86). Esta responsabili-

zación colectiva rompió con el pensamiento mágico que animó el discurso de peronistas y antiperonistas por igual: el de una Argentina ideal —una “Argentina Potencia”, como se decía al principio de los años setenta— que nada tiene que ver con la Argentina real y concreta de la parálisis y el caos. Alfonsín enfatizó en sus mensajes la visión de una empresa común, y no la de un futuro providencial:

Es nuestro orgullo y es nuestra decisión y es nuestra vocación de construir esta Argentina participativa, moderna y solidaria, a través de una cultura del esfuerzo, superando la resignación con que antes se aceptaba el sloganismo, las frases vacías y la retórica sin contenido. (Raúl Alfonsín, Discurso desde Villa Regina, Río Negro, 17/1/86)

En varios sentidos, Carlos Menem fue la figura antitética de lo que Alfonsín había querido encarnar en tanto que hombre de Estado. Menem se caracterizó por su palabra fácil, colorida y superficial. Adoptando un estilo de vida rayano en la frivolidad (fiestas, mujeres, autos, deportes, etc.), el Presidente tuvo sin embargo que ser tomado en serio: su gobierno produjo una transformación drástica —e inesperada— de la Argentina. Los resultados de tal transformación le permitieron ganar sucesivas elecciones y reformar la Constitución para permanecer en el poder durante toda una década. A pesar de su aparente simplicidad, el “fenómeno Menem” resulta difícil de comprender: se trata de un presidente que fue elegido por sus promesas populistas y nacionalistas (“salariazó”, pleno empleo, proteccionismo), que aplicó medidas diametralmente opuestas a su plataforma partidaria (privatización, desregulación, apertura de los mercados) y que fue recompensado por el electorado, no sólo una, sino varias veces. ¿Significa esto que Menem logró convencer a los peronistas y a los ciudadanos de bajo nivel socioeconómico de que sus políticas neoliberales eran justas y necesarias para todos ellos y para el bien común? Puede suponerse que, en cierta medida, esto fue así. Los factores materiales son obviamente importantes: en gran parte, el éxito inicial del plan económico del menemismo se debió a la “convertibilidad” de la moneda (equivalencia de un peso argentino y un dólar estadounidense), lo que detuvo casi instantáneamente la espiral inflacionaria, con obvios efectos sobre el poder adquisitivo de los asalariados. Sin embargo, esto no puede explicar completamente el apoyo —activo o pasivo— a la política gubernamental. La gente tuvo que creer que el mayor desempleo, la mayor flexibilidad laboral, la mayor concentración de la riqueza y la menor seguridad social iban a acarrear, eventualmente, ventajas para el conjunto de la población (Armony 2001).

Los efectos macroeconómicos de la liberalización repentina, así como

los elogios de voceros del capitalismo financiero como el *Wall Street Journal* —que se refirió al “Milagro Argentino” en su primera plana (11/9/92)— dieron credibilidad al discurso menemista: el país está por fin en la ruta hacia su destino de grandeza. Menem se apoyó en el mito de la “Gran Argentina”, utilizando nuevamente la idea de que el país no cumple su promesa porque alguien o algo se lo impide. ¿El culpable, esta vez? El Estado, su burocracia y los beneficiarios de la excesiva “generosidad” pública. Con este argumento, toda la sociedad es victimizada, peronistas y radicales, militares y civiles, clase media y obreros. La representación de un país dividido y en guerra contra sí mismo sirve así para oponer el Estado a la sociedad. El estatismo aparece entonces como el obstáculo en el camino de la Argentina hacia su futuro de esplendor. Evidentemente, este tipo de interpretación coincide perfectamente con los postulados fundamentales de la ideología neoliberal:

Pero ¿qué era lo que ocurría en la Argentina a partir de estos gobiernos cíclicos, totalitarios, semidemocráticos o pseudodemocráticos y democráticos? Que cuando llegaba un gobierno democrático al poder, se ocupaba de las libertades públicas pero se olvidaba de la economía y pese a que el mundo cambiaba, seguíamos con una economía totalmente dirigida y haciendo crecer el Estado. ¿Cómo crecía el Estado? Simplemente apelando a la cuestión social, que en definitiva terminaba perjudicando a la mayoría del pueblo argentino y creando nuevos problemas sociales. (Carlos Menem, Palabras en la cena con los electores con motivo de cumplirse los tres años de gobierno, 15/9/92)

Cuando Menem aseguró que “la Argentina estará entre los diez mejores países del mundo”, no hizo más que reavivar los mitos que estructuraron el discurso político argentino durante la mayor parte del siglo XX. Luego de la frustración suscitada por el alfonsinismo —y particularmente por la crisis de hiperinflación de 1989— muchos argentinos reactivaron el mecanismo de compensación: cuanto más grave es la situación, más férreamente se cree en una solución perfecta y definitiva. Menem adoptó una actitud mesiánica —inclusive en la elección de su vocabulario (véase figura 1)— y prometió lo imposible. Una coyuntura favorable permitió que su propuesta fuera sin embargo verosímil (inflación prácticamente inexistente, moneda fuerte, crecimiento del producto bruto, expansión de la inversión, acceso al crédito) y muchos argentinos se dijeron que “quizás, esta vez, sí es de verdad”. Ni los esquemas teóricos basados puramente en la elección racional (“la gente vota exclusivamente en función de un cálculo de beneficio personal”), ni las interpretaciones basadas en la tesis de una manipulación de los electores (“los pobres votan lealmente por el peronismo, aunque este los perjudique”), pueden ex-

plicar satisfactoriamente el fenómeno menemista. Es necesario, como hemos sugerido aquí, verlo en el contexto de una matriz identitaria cuyo eje central es el mito de la grandeza nacional.

#### 4. LA PROMESA INCUMPLIDA

Dos grandes temas han dominado históricamente la definición de la argentinidad: la obvia incapacidad de concretar la unidad de la sociedad y de realizar su potencial. Toda referencia a la condición identitaria de los argentinos suscita, en efecto, dos preguntas clave: ¿por qué la nacionalidad ha sido regularmente el objeto de antagonismos acérrimos y por qué el país nunca ha conseguido estar al nivel de sus propias expectativas? Como hemos mencionado, la Argentina es un "país nuevo" nacido de la fusión de poblaciones diversas que se integraron rápidamente en un molde nacional. Sin embargo, tal integración no ha impedido que los argentinos permanezcan obsesionados por sus diferencias. Pero si la argentinidad es difícil de definir en cuanto a su contenido, ella es compartida por todos los actores en lo que hace a su forma: la argentinidad es una promesa incumplida. Raúl Alfonsín fue un innovador en la política argentina al proponer una movilización voluntarista e incluyente para cumplirla. Carlos Menem, en cambio, prefirió retomar la lectura fatalista del porvenir de grandeza nacional. El desafío que se sigue planteando, en los albores del siglo XXI, es el de entender que "el país que tenemos es el país que nos merecemos".

#### NOTA

1. El cuadro presenta los resultados del siguiente procedimiento: a) filtrado semántico para conservar sólo palabras "plenas" y filtrado frecuencial para incluir las palabras que aparezcan al menos 100 veces en uno de los dos corpus; b) ejecución de un programa de cálculo estadístico que establece la distancia de Chi cuadrado en el uso de cada palabra retenida por los filtros. Se presentan entonces las 20 palabras que más caracterizan comparativamente los discursos de Alfonsín y de Menem ("vocabularios distintivos"), así como aquellas en las que no se observa una diferencia significativa entre ambos locutores ("vocabulario común"). Se indican las frecuencias relativas (por 10.000) en cada discurso (FA: frecuencia Alfonsín y FM: frecuencia Menem).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABOU, S. (1972) *Immigrés dans l'autre Amérique: autobiographies de quatre Argentins d'origine libanaise*. París: Plon.
- ADELMAN, J. (1998) "Spanish-American Leviathan? State Formation in Nineteenth-Century Spanish America", *Comparative Studies in Society and History* 40, 391-408.
- ARMONY, V. (1999) "Néopopulisme et néolibéralisme: quelques éléments pour une conceptualisation", *Égalité* 44/45, 13-34.
- (2000) *Représenter la nation. Le discours présidentiel de la transition démocratique en Argentine (1983-1993)*. Montreal: Balzac.
- (2001) "National Identity and State Ideology in Argentina" en *National Identities and Socio-Political Change in Latin America* de A. Gómez-Moriana y M. Durán-Cogan (eds.). Nueva York: Garland Publishing.
- BRUCE, J. (1953) *Those Perplexing Argentines*. Nueva York: Longmans & Green.
- CANOVAN, M. (1999) "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy", *Political Studies* 47.
- DEALY, G. C. (1996) "Two Cultures and Political Behavior in Latin America" en *Democracy in Latin America: Patterns and Cycles* de R. A. Camp (ed.). Wilmington, DE: Scholarly Resources.
- EISENSTADT, S. N. (1998) "Modernity and the Construction of Collective Identities", *International Journal of Comparative Sociology* 39.
- ESCUDE, C. (1995) "Un enigma: la 'irracionalidad' argentina frente a la Segunda Guerra Mundial", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 6, 5-33.
- GUERRA, F.-X. (1995) "La nation en Amérique espagnole" en *La Pensée politique: la Nation*. París: Gallimard/Le Seuil.
- HIRST, W. A. (1911) *Argentina*. Nueva York: C. Scribner.
- MINUJÍN, A. y KESSLER, G. (1995) *La nueva pobreza*. Buenos Aires: Planeta.
- NASCIMBENE, M. C. y NEUMAN, M. I. (1993) "El nacionalismo católico, el fascismo y la inmigración en la Argentina (1927-1943): una aproximación teórica", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 4, 115-140.
- QUATTROCCHI-WOISSON, D. (1990) "Discours historique et identité nationale en Argentine", *Vingtième Siècle* 28.
- ROITENBURD, S. (1994) "Identidad nacional y legitimidad en el discurso del nacionalismo católico cordobés (1943-1955)", *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 5.
- SCHNAPPER, D. (1994) *La communauté des citoyens: sur l'idée moderne de nation*. París: Gallimard.
- SHUMWAY, N. (1997) "La nación hispanoamericana como proyecto racional y nostalgia mitológica: algunos ejemplos de poesía", *Revista Iberoamericana* 63, 61-70.

TOUCHARD, J. (1949) *La République Argentine*. París: PUF.

WYNIA, G. W. (1986) *Argentina: Illusions and Realities*. Nueva York: Holmes & Meier.

#### ABSTRACT

*This article deals with the myths of national identity and destiny in Argentina. The analysis of a large sample of official addresses delivered by former presidents Raúl Alfonsín (1983-1989) and Carlos Menem (1989-1999) shows that they delivered totally different concepts of what is understood as "argentinidad". While Alfonsín stressed the idea that a better future is to be built through a common project and collective effort, Menem insisted on the belief that their country is predestined to become a "great nation". Alfonsín produced a shift in Argentine political discourse by consistently asserting that all citizens are bound by shared responsibility and a desire to maintain their collective autonomy and identity. Menem, however, reactivated the myth of national greatness, a notion that has pervaded political discourse for the most part of Argentina's existence as an independent state.*

Victor Armony se desempeña como profesor regular de Sociología en la Universidad de Quebec en Montreal, Canadá, y es titular de varios subsidios de investigación (Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales de Canadá, Centro de Investigaciones para el Desarrollo Internacional y Fondo de Ayuda a la Investigación de Quebec). Ha sido investigador posdoctoral en la Universidad de Columbia Británica, profesor regular en la Universidad de Ottawa y profesor invitado en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Internacional de Andalucía. Ha publicado numerosos trabajos sobre discurso político, identidad nacional y representaciones colectivas. E-mail: armony.victor@uqam.ca

#### ESCÁNDALO Y "POST-POLÍTICA". EL MENEMISMO EN ESCENA(S)

SILVIA TABACHNIK

Al filo del fin de siglo —con la asunción de Fernando de la Rúa como Presidente de la Nación— se cerraba *institucionalmente* en la Argentina una década de gobierno menemista: diez años durante los cuales se consolidaron cambios de tal incidencia en la configuración del espacio público y en la cultura política del país que incluso hoy en día, a casi dos años de aquel recambio presidencial, permanecerían bloqueadas las posibilidades de restablecer fundamentos de legitimidad —condiciones de posibilidad— para el ejercicio de la discursividad política.

Naturalmente los cambios mencionados no pueden pensarse aislados del contexto de transformaciones de alcance global y de todo orden (tecnocientífico, económico, cultural, social, etc.) producidos durante las últimas décadas y que, como advierte Derrida (1995: 85), conducen a revisar el concepto mismo de democracia y en general "todas las relaciones entre el Estado y la nación, el hombre y el ciudadano, lo privado y lo público, etc.". Sin embargo, esas mutaciones habrían asumido en el ámbito local cierta irreductible singularidad cuyos rasgos más relevantes intento analizar aquí.

Una imagen de vacancia constituye pues el punto de partida para esta reflexión sobre las formas de manifestación de la "post-política" en la Argentina: en su retirada, el menemismo habría dejado vacía y silenciosa esa escena donde el poder se exhibe y representa ante la mirada social.